La concepción del mundo
Por Jovat Saara

El libro daba libertad a las hojas que se movían como si danzaran gracias al viento que entraba por la ventana abierta. La cabeza del joven había cedido al sueño desde hace ya algunas horas en aquel escritorio café de su cuarto. Se había quedado dormido estudiando. Había estudiado tanto que sabía que aquella concepción del mundo creada por el libro era justo lo que necesitaría al día siguiente. El libro, soltando palabras con el viento parecía hablarle y en un susurro le decía, “te equivocas”.

Desde niño había creído fielmente en lo que le decían sus mayores, su familia y maestros. 2 + 2 siempre habían sido 4 y el mundo redondo como un balón. La simultanea ida y vuelta de la información que hasta entonces había viajado como herencia, se encontraba ahora en la cabeza de Miguel, un joven de 19 años.

Miguel había nacido con una madre cuidadosa, una madre que debería haber ganado el premio a la mujer con el mejor uso de equipo, corporal y emocional, para el cuidado de menores, al menos dentro de su propia medida. Una madre que bien pudo ser la madre de las madres.

Su padre, un hombre orgulloso de su primogénito, deseaba con grandes intenciones que su hijo fuera un gran abogado o un importante político. En su ideal, un trabajo como ese era un fiel representante de la sociedad en la que vivían.

La ideología fuerte de una familia de tres, en un país difícil, y en la etapa indicada para el aprendizaje, hicieron que Miguel creciera con fuertes ideas enraizadas en su carácter. Carácter que lo había llevado a querer leer ese libro de política que lo había cansado después de varias horas de estudio.

El frío del viento que corría por la ventana abierta lo despertó a eso de las 3 de la mañana. El sueño que se presentaba esa noche en dónde era acosado por personas con chalecos cafés, y él, dentro de una gran bolsa transparente desnudo intentaba salir, terminaba cortante por aquella brisa entrometida.

Se levantó, se encontró con su ropa de calle puesta, su mirada un poco perdida casi en automático fijo como meta la ventana.

Al llegar a ella, y a punto de cerrar el paso libre del viento, miro que afuera un hombre se encontraba sentado en la banqueta enfrente de su casa con apenas un chaleco y un pantalón roto. Su desaliñada presencia marcaba una pauta entre él y todo aquello que le rodeaba en la calle.

-- Con este frío debe estar loco o borracho estando afuera -- se dijo Miguel viendo a aquel hombre sentado sin moverse. Le molestaba un poco verlo así, de lejos, como incitándolo a verlo a la fuerza. Cerro la ventana, se cambió para dormir, apagó la luz y se motivo pensando en que el tiempo que faltaba para despertar lo aprovecharía para descansar en serio.

A la mañana siguiente se levantó, se vistió para la escuela, miro dos o tres veces el espejo en donde se prometía que sería un buen día.

Al salir de la casa, pasó junto al lugar donde la noche le había presentado a ese hombre sentado. No había nadie.

-- un borracho – se dijo.
En la escuela, el primero en la clase. Aprendía los conceptos de la política. Desde Aristóteles, pasando por Maquiavelo, Marx y Weber.
-- Por supuesto que cada uno tenía razón en parte. Pero siempre 2 + 2 son 4 y el mundo es redondo como un balón – se decía cada que terminaba de estudiar a un autor nuevo y sonreía.
Satisfecho, caminando de regreso a casa, una mariposa blanca pasó justo delante de sus ojos. Iba tan ensimismado que el aleteo de esa pequeña mariposa le causo un desorden total en sus pensamientos. Con la mano derecha intentó alejarla pero solo lograba que el pequeño insecto le pasara una y otra vez por en frente, como si estuviera jugando, y entre el juego y la soltura de los pies de pronto se halló de frente a un árbol grande, un árbol alto y frondoso de un verde que podría jurar, no reconocía. Levantó la cabeza para mirar alrededor. ¡Por supuesto que conocía ese lugar! Apenas se había desviado un par de calles de su camino común, pero ese árbol parecía no haberlo visto antes.
-- Debo ser un completo distraído si no lo había mirado antes. Esta es la calle donde vengo a comprar arroz y verduras cada que necesitamos. Qué grande es este árbol --
Vaciló un poco. La mariposa yacía en una de las ramas del inmenso árbol. Dio media vuelta y camino directo a casa pensando en aquel encuentro.
De noche, lo despertó de nuevo aquel sueño en donde las personas con chalecos cafés lo miraban desnudo, esperando a que saliera de aquella gran bolsa de plástico transparente. Esperando a que saliera para tomarlo y ponerle un chaleco café. Despertó de golpe, sudaba un poco a pesar del aire frío que entraba de nuevo por la ventana abierta. Se levantó un poco molesto y fue hacia ella con la intención de cerrarla.
Ahí estaba de nuevo, un hombre solo, sentado en la misma banqueta, con un chaleco y el pantalón roto apenas. Esta vez la duda lo afrontó. ¿Quién era ese hombre y qué querría?
Cerró la ventana, se puso una chamarra grande, bajó las escaleras y abrió la puerta saliendo al frio clima de esa noche. Ahí seguía ese hombre.
-- Buenas noches – fue lo primero que salió de su boca. – Disculpe que me entrometa así, vivo en esta casa. Es la segunda vez que lo veo aquí sentado y solo me preguntaba si sucedía algo – En realidad no sabía como afrontar aquella situación ahora que se miraba de frente a ella y un asomo de arrepentimiento y vergüenza empezaba a caerle como agua helada.
-- ¡Salud my friend! Amigo, yo solo me caigo observando mis huellas. Voy dejando huellas sabes. Nomás que siempre me traen aquí y no sé porqué. – Dijo el hombre con una botellita pequeña de licor en la mano casi vacía.
Con un disgusto apenas asomado, Miguel se reclamaba el solo hecho de interesarse por aquel hombre que sin duda solo era un borracho.
-- Lamento molestarlo señor, fue solo una confusión, un disparate mío. Mejor lo dejo. Que tenga una buena noche. – Lo dijo casi sin pensarlo.
-- ¿Buena noche? My Friend, no te vayas, que hace ya tiempo que no tengo buena noche – Todo esto lo decía con un ánimo casi burlón, sarcástico pero con un tinte de tristeza que sobraba en el ambiente. – Una buena noche… ¡Amigo,

una buena noche! Una noche donde la noche no caiga y me pese. Una noche donde mi estrella no duela, una noche donde la noche no se pase lenta my friend. – De pronto, su faz no era la misma, su tono festivo se había perdido dando entrada a un rostro triste, con ojos rojos a punto de llorar. Dijo:
-- Que gusto verte bien amigo, porque yo no lo estoy. No desde que mi hijita ya no está conmigo. Sabes mi amigo, a mí me la quitó un carro rojo, uno de esos que son más caros que una vida, un carro más caro que la vida de mi hijita. Sabes, mi hijita iba a cumplir 15 años, y ahora se va a quedar en los 14 para siempre. Ella quería ser doctora, pero nunca lo podrá ser. Por culpa de ese carro rojo. No la voy a ver doctora que es lo que siempre quiso. – De pronto volvió a cambiar. -- ¿Tú que estudias amigo? Yo era maestro sabes, maestro de una universidad muy buena.
-- Yo estudio ciencias políticas señor. – Dijo Miguel sin saber si eso ayudaría en algo aquella conversación. -- Lamento mucho lo de su hija. –
-- No lo lamentes tanto. Le hice una poesía, una que le hice antes de perderme en el vicio. Te la cuento de memoria que es la única forma en que me la sé:
Perderte soltura ficticia a manos de cuencas rojas
Perderte solícita noticia de viajeros bajo el canto de sirenas
Perderte sin duda alguna es la cosa más horrenda
Y tú sigues en tu cuento, donde solo observas lo que pudiste ser.
No mires lo que ahora eres, te conviertes en polvo
No mires de frente lo que me has hecho
Mi concepción del mundo se ha enfrentado a la verdad
De que 2 + 2 no son únicamente 4 y el mundo no es redondo.
No me vengas con noticias nuevas, eres un soplo frío
Donde las flores que te llevo se marchitan sin que las puedas ver
Donde mi realidad se altera con la experiencia
De verte muerta, de verte desaparecer. –
Miguel se quedo plantado. El frío viento posaba en los dos rostros que se encontraban en la calle aquella noche. El hombre dijo – Ya no será doctora, como ella quería. ¿Tú que estudias? – Miguel no supo responder.
¿Qué era aquello que le estaba compartiendo aquel hombre. Siempre había pensado que estudiar aquello tenía grandes beneficios como un gran sueldo, una mujer hermosa, soluciones de vida tan complejas como si 2 + 2 fueran solo 4.
Ahora veía a aquel hombre que había sido maestro y que ahora, la vida misma lo retaba de frente, retando al maestro con la realidad. Miguel se preguntó, ¿Estoy listo para la realidad? ¿Qué es la realidad? Soy el mejor de mi clase, soy el más inteligente, pero ¿para quién? ¿Realmente era feliz con ello? Descubría gracias a este maestro de la calle, que existía una educación con un trasfondo social más grande que el de la repetición por herencia. Una educación comprometida con la sociedad. La pérdida de este hombre le había aportado algo muy grande a Miguel. La oportunidad de decidir el uso de su educación. ¿De que servía tener información si no se hacía uso de ella con un enfoque preciso hacia la mejoría de una sociedad. Miguel temblaba y no era el frío el causante.

El hombre volvió a tomar un tono festivo – My friend, ¿por qué esa cara? Estás vivo, ¡Estás vivito y coleando! ¡Ah qué bonito es el mundo cuando cae la noche! ¿Y mis huellas? ¿onde quedaron mis huellas? Creo que ya las perdí, y ya no sé si me de otra vuelta por acá. Por si la duda me despido mi amigo. Me despido porque me voy volando, como una mariposa mi amigo. –

El hombre, solo, tambaleándose se puso a caminar por la calle, alejándose de la casa de Miguel. Miguel se quedó callado, con unas ganas terribles de llorar. Subió a su cuarto, roto, lleno de dudas, sintiendo la piel como hace mucho no la sentía, oliendo el aire sucio, sintiendo un vacío en el estómago y la garganta.

Esa noche soñó con que salía de aquella bolsa enorme de plástico y las personas de chalecos cafés lo tomaban a la fuerza y le ponían un chaleco igual.

Se despertó. Se cambió. En el espejo no encontró un rostro conocido.

A punto de salir de casa se despidió de sus padres y antes de cerrar la puerta vio a su padre, vestido esa mañana con un pantalón de vestir, una camisa blanca, y un chaleco café, justo como el que conocía tanto.

Caminaba por las calles, veía las grietas en el cemento, en las paredes. Distinguió en las paredes lejanas los grafitis de los niños y los jóvenes que empezaban los años sin escuelas y sin cuidado.

-- Estudiar con el compromiso a lo que hago, a lo que amo – se dijo.

Ese día salió de la escuela, y de regreso por cuenta propia fue al árbol que un día antes había visto. Llegó. Lo miró de frente. Fue de nuevo como si lo mirara por vez primera. El tronco estaba lleno de vida, lleno de insectos pequeños que caminaban organizados. -- El mundo no es tal cual como lo dicta un libro – Pensó.

La concepción del mundo que hasta entonces tenía, la había formado su familia durante su infancia, la escuela durante esta su adolescencia, pero era momento de qué él decidiera, ver las cosas según su propio punto de vista. La idea del libro que había leído hace dos noches, no era ya aquella que iba a necesitar ese día.

El árbol era más verde, y le gustaba así.